

Revista chilena de historia social popular

REVUELTAS

SANTIAGO, CHILE | NÚCLEO DE HISTORIA SOCIAL POPULAR

AÑO 07 | NÚMERO 13 | 2026 | ISSN 2452-5707


RESEÑAS

**Brigitte Studer, Viajeros de la
revolución mundial. *Una historia
global de la Internacional Comunista.*
Traducción de Sandra Chaparro.
Madrid: Ediciones Akal, 2025. 605 pp.
ISBN 978-84-460-5753-6.**

Yebrail Ramírez Chaves

Universidad de Chile

Santiago de Chile

 [0000-0001-5294-612X](https://orcid.org/0000-0001-5294-612X)
yebrarc@gmail.com

Forma de citación sugerida:

Ramírez Chaves, Yebrail. 2026. "Reseña de Viajeros de la revolución mundial. Una historia global de la Internacional Comunista, de Brigitte Studer". *Revueltas. Revista Chilena de Historia Social Popular* 13: 106–114.

Durante los tiempos de la República de Weimar, Max Horkheimer escribió que “una carrera [Karriere] revolucionaria no se guía a través de banquetes y títulos honoríficos, ni de investigaciones interesantes ni de sueldos de profesor, sino a través de la miseria, la vergüenza, la ingratitud y la prisión, hacia un futuro incierto iluminado únicamente por una fe casi sobrehumana” (Horkheimer 1974, 348). No pudo ser más preciso este retrato, no solo por indicar con acierto las consecuencias y los riesgos personales que asume el combatiente de la revolución, sino también por acudir al término “Karriere [carrera]” para referirse a aquella actividad específica, y nueva en la historia, realizada por dichos individuos. Aquí se anudan profesión, lucha, penurias y padecimientos. ¿Cómo transcurrió semejante itinerario? ¿Quiénes fueron sus protagonistas? ¿Cómo asumieron ese modo de vida? ¿Qué significado histórico tiene esta carrera nueva?

Siguiendo dichas huellas, la historiadora suiza Brigitte Studer, profesora emérita de la Universidad de Berna, especializada en historia política e historia de género, nos presenta su libro *Viajeros de la revolución mundial*. Una historia global de la Internacional Comunista, cuya reciente traducción al castellano constituye una buena noticia tanto para la investigación historiográfica como para los lectores interesados en uno de los episodios más notables de la primera mitad del siglo XX. En sus páginas y desde la perspectiva de aquel ejército de funcionarios-militantes que trabajaron para la Internacional Comunista, la obra de la profesora Studer grafica la vida, crecimiento y catábasis de la Comintern, adoptando una “perspectiva transnacional y centrada en sus actores, hombres y mujeres” (2025, 5). Según la propia autora, el libro se concentra en la “comunidad de destino formada por hombres y mujeres que hicieron de la revolución su oficio y cuyo compromiso político convirtió a la Comintern tanto en su empleador como en su lugar de trabajo” (Studer 2025, 21).

Metodológica y conceptualmente hablando, en *Viajeros de la revolución mundial* se anudan los conceptos de “transnacional” y “global turn” (Studer 2025, 29) junto con los enfoques histórico-pragmático, de la historia mundial, de la nueva historia social, de la historia de género, de la narración de tipo biográfico, entre otras (Studer 2025, 27-30). En la presente reseña pondremos de relieve algunos puntos del texto, agrupando sus nueve capítulos en tres bloques, para finalizar con un comentario sobre la relevancia general del libro. Pensamos no tergiversar el argumento ni la estructura de la obra con este ordenamiento de la exposición en bloques que nuclean tres momentos y tres derrotas de la propia vida de la Comintern. Los capítulos y sus protagonistas aparecen según los lugares fundamentales de su acción. Los cuatro primeros exponen los pasos iniciales de la Internacional Comunista (a partir de su Segundo Congreso en 1920) y la vencida rebelión obrera alemana de 1923; los capítulos 5, 6 y 7 componen el

momento de la expansión hacia el mundo colonizado y la acelerada profesionalización de la Comintern, junto con el fracaso de la revolución en China en 1927; finalmente, los capítulos 8 y 9 anuncian la caída del proyecto luego de las victorias del nazismo y del franquismo.

¿Qué fue la Comintern? De manera sencilla y preliminar, pero no por ello menos veraz, la profesora Studer nos indica que la “Internacional Comunista fue el primer intento de llevar a cabo una revolución anticapitalista seria y rigurosa, pero, además, quiso implementar una política anticolonial, antirracista y antiimperialista” (Studer 2025, 11), que ascendió desde una praxis dirigida a la propaganda y la agitación hacia una praxis enfocada en la organización y planificación de la lucha política (Studer 2025, 15). Citando a Grigori Zinóviev, el Comité Ejecutivo de la Comintern era “el estado mayor del proletariado mundial en lucha” (Studer 2025, 17).

Del capítulo 1 al 4, el lector se moverá principalmente entre Moscú, Bakú y Berlín. En ellos la autora destaca, en primera instancia, el proceso de fundación de la Comintern, con especial atención en el Segundo Congreso, en verano de 1920, en plena construcción del nuevo Estado socialista y de la sangría de la Guerra Civil Rusa. Es este Congreso en el que toma forma la Tercera Internacional, con los debates sobre (y la aprobación de) las 21 condiciones de ingreso en la Tercera Internacional (Studer 2025, 82-83), las polémicas acerca de la participación en los parlamentos y en los sindicatos reaccionarios (Studer 2025, 85-86), el moldeamiento de un nuevo tipo de militante revolucionario, la evolución de los enfoques anticolonialista, feminista y antirracista al lado del paradigma clasista, y la consolidación de un centro de operaciones fuera de la URSS, Berlín, a fin de suscitar una revolución socialista germana y de solidificar la red de instituciones, oficinas y agentes a una escala cada vez más ampliada. Este proceso no estuvo carente de disputas, discusiones y asperezas internas. Antes del punto de inflexión que supuso la hegemonía del estalinismo a partir de 1927, en la Comintern la polémica de ideas fue parte del *modus vivendi* de sus miembros. Así, “pese a la disciplina, los militantes y los partidos no eran meros ejecutores. De ahí que la historia de la Comintern esté llena de conflictos, diferencias, disidencias y escisiones, no solo en el caso de individuos concretos sino asimismo de partidos enteros” (Studer 2025, 88).

En segunda instancia, como uno de los aspectos más destacados de este bloque de capítulos, tenemos el tratamiento del “Congreso de los Pueblos del Este” o “Congreso de Bakú”, capital de la entonces República Socialista Soviética de Azerbaiyán, hoy República de Azerbaiyán, realizado en septiembre de 1920, pocos días después del Segundo Congreso de la Comintern. Para la profesora Studer, este Congreso es de especial importancia debido a la conquista de, al menos, tres

logros por parte de la Internacional Comunista: a) política y organizativamente se “empezó a dar más peso al ‘este’ que al ‘oeste’” (Studer 2025, 93); b) en sintonía con lo anterior, “se formuló por primera vez la posibilidad de llevar la revolución armada a Asia” (Studer 2025, 94); c) “la Comintern (...) hizo suyas las categorías de género y “raza/etnia” y “convirtió a las mujeres en sujetos de su propia liberación”, con figuras claves como la feminista turca Nagiya Hanum o Chaver Sabanova (Studer 2025, 115-116). Contrario al mito, tan en boga todavía, que inculpa al comunismo de encajonarse solo en el problema de la clase social, el libro subraya que el feminismo, el antirracismo y el anticolonialismo fueron reconocidos, problematizados, analizados y animados por la Comintern en sus acciones.

Es verdad que la profesora Studer recalca en más de una ocasión las falencias e insuficiencias en la participación política de las mujeres de la Comintern o la permanencia de la división sexual del trabajo político-administrativo-militar en su interior, pero también deja en claro que, al menos hasta la imposición y el viraje de Stalin, la Internacional Comunista se ocupó de la política y la emancipación de diversas subjetividades oprimidas más allá de la moldura de la categoría “clase”. El respaldo no se limitó a declaraciones retóricas, sino que se plasmó en la creación de organismos internacionales, transferencia de recursos económicos y/o militares, según lo requería la situación. Quizás un elemento ausente que podría favorecer una dimensión más sobria de esta transformación de la cultura política, así sea de modo referencial, sería el trazo de un marco comparativo que contraste, por un lado, la experiencia de la Comintern en este tema con, por otro lado, la situación de las mujeres, de los colonizados, de los indígenas y de las negritudes en las organizaciones políticas de las democracias capitalistas occidentales en aquellos años. Esta omisión, empero, no afecta en absoluto el desocultamiento historiográfico que lleva a cabo la autora sobre las mujeres revolucionarias, los dirigentes negros y los luchadores de las periferias que de uno u otro modo vivieron, actuaron y murieron por la causa comunista y de liberación nacional.

En tercera instancia, el bloque cierra su presentación en Berlín, centro de enlace de la Internacional Comunista fuera de la URSS y primera sede de la deseada y atizada segunda revolución anticapitalista luego de la bolchevique. En efecto, en “la década de 1920 Berlín era, después de Moscú, el segundo centro mundial de operaciones del comunismo internacional” (Studer 2025, 170). Se conglomeraron intelectuales marxistas, funcionarios a sueldo de la Comintern, militantes de base y allí el movimiento literario, artístico, periodístico, educativo, cinematográfico y pedagógico del comunismo internacional se desarrolló vertiginosamente. Los comunistas de todo el mundo que atendían las instrucciones de la Tercera Internacional encontraron en la capital de la República de Weimar una

estimulante atmósfera intelectual y cultural que les permitía codearse con las vanguardias artísticas o intercambiar saberes con los investigadores de la ciencia y la filosofía. “Berlín fue el centro más significativo de la actividad comunista internacional hasta 1933” (Studer 2025, 229).

Este bloque, entonces, permite comprender cómo se cimentaron y apuntalaron los pilares de un poderoso y ambicioso aparato internacional creado con el objetivo de destruir la sociedad del capital. Los revolucionarios que actuaron en él se convirtieron a su vez en funcionarios. Distinto al concepto leniniano de “revolucionarios profesionales”, surgió en este momento histórico la carrera de revolucionario, asumida por centenares de individuos de ambos sexos y de distintas nacionalidades, trabajadores cuya labor consistía en organizar la revolución en cualquier rincón del planeta y que por ello recibieron un salario formal. Casi que podríamos decir que estamos, *mutatis mutandis*, ante una (nueva) vocación en sentido protestante.

El bloque de los capítulos 5, 6 y 7 traslada la mirada del estudio hacia el trabajo político de estos funcionarios en el mundo colonizado. Durante la década de 1920 brotaron del tronco común de la Comintern ramificaciones internacionales de la lucha anticolonialista en Europa, Asia, América y parte de África, cuya contraparte consistió en la confección de una red de cooperación internacional de la policía contra los revolucionarios. Tal vez por ello no sea simple coincidencia que la Interpol remonte sus orígenes a 1923. Para empezar, la profesora Studer contextualiza que mientras la Sociedad de Naciones, surgida luego de la Gran Guerra, defraudaba las esperanzas de un mundo en paz y sin colonialismo, la Comintern fomentaba con palabras y hechos la lucha antiimperialista y anticolonialista en diversas latitudes (Studer 2025, 232-233), lo que no deja de tener resonancia en la actualidad, justamente cuando avanzamos en la catástrofe de los tiempos actuales. Cuando la ONU, completamente desgastada y entrada en su fase de agotamiento histórico, es incapaz de hacer frente a las guerras imperialistas, las agresiones militares, los bloqueos económicos y los genocidios, es impotente para trazar una agenda planetaria común contra el hambre y la depredación de la naturaleza, quizás hoy sea provechoso repensar y actualizar (de manera crítica y reflexiva) una alternativa y un espíritu semejantes a lo que representó la Comintern, en un nuevo internacionalismo efectivo para promover la integración de los pueblos, el fin del (neo)colonialismo y de la forma social causante de la actual crisis civilizatoria: la capitalista.

De tal manera, este segundo bloque de capítulos enseña la fase de ampliación geográfica de la Comintern y el perfeccionamiento de los métodos de trabajo burocrático. Con la derrota de la revolución en Alemania, los comunistas trazaron una agenda a largo plazo, sin que esto los inhibiera a actuar, pues “a

partir de 1926 la Comintern propugnó la creación de movimientos de liberación nacionales” (Studer 2025, 266), dirigidos especialmente desde París, Berlín y Bruselas. China adquirió un interés especial en aquel instante. El crecimiento del apoyo social y militante a la causa china fue en aumento, y desde expresiones como el arte, la literatura, el teatro, el cine y la música se confesó el entusiasmo por la liberación del pueblo (Studer 2025, 252-254). Esto se tradujo por parte de la Internacional Comunista en misiones políticas, asesoramiento técnico-militar y financiación de actividades subversivas que pudieran romper el dominio del imperialismo británico y japonés sobre China.

Sin embargo, aunque con la experiencia del gobierno de Wuhan parecía consolidarse un buen horizonte, lo cierto es que una conjunción de factores subjetivos y objetivos acabaron con la revolución en 1927. Los comunistas locales y el Kuomintang rompen la alianza, aquellos pasan a la clandestinidad y estos asumen un inflexible régimen de persecución anticomunista, en colaboración con Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos (Studer 2025, 299-316). Los funcionarios de la Comintern se ven sometidos a una estricta vigilancia y su seguridad corre un riesgo mayor. Shanghái se convirtió, por decir de algún modo, en el foco del epílogo de esta complicada historia en el este y sudeste asiático: aquella ciudad portuaria fue un punto de encuentro de los enviados de la Comintern y centro de conexión comunista en la región (Studer 2025, 328-329). Sin embargo, las difíciles condiciones de la clandestinidad, junto con los errores, las aporías en la orientación política y las traiciones sellaron con cárcel, exilio y muerte este episodio. Aquí se concentraron los reductos finales de la acción de la Comintern en China, y hacia finales de la década de 1930 su presencia en el país disminuyó significativamente (Studer 2025, 374-375). Mao Zedong replegó su fuerza guerrillera en el campo y la guerra civil se desató, en sus dos fases, hasta la derrota del Kuomintang en 1949.

Finalmente, el bloque de los últimos dos capítulos constituye la catábasis de muchos comunistas empleados de la Comintern, debido a la sincronía de tres sucesos. En primer lugar, el triunfo del nacionalsocialismo en 1933 cerró las puertas de Berlín para cualquier tipo de operación comunista nacional o internacional. En segundo lugar, las purgas estalinistas iniciadas en 1933-1934 convirtieron a Moscú, como lo define la profesora Studer (2025), en una “trampa” para muchos funcionarios de la Comintern que huyeron del nazismo, pues allí cayeron varios empleados no rusos (Studer 2025, 425). En tercer lugar, la derrota en la Guerra Civil Española aniquiló las últimas esperanzas de una revolución que frenara el fascismo y precipitó en la desgracia a muchos trabajadores de la Internacional Comunista.

En este bloque de capítulos la narración se torna dramática. Se hace un seguimiento de las rutas de escape de los funcionarios, siendo París el refugio por excelencia (Studer 2025, 381), al menos hasta 1940. Basilea y Zúrich, por su parte, fungieron como amparos precarios, a veces hostiles, con vigilancia y persecución del Estado sobre los agentes comunistas extranjeros. Igualmente, en lo que a España se refiere, la autora sentencia de modo lapidario que la “Guerra Civil Española fue la última operación de la Internacional Comunista y probablemente la más importante de su historia” (Studer 2025, 442), puesto que puso en marcha su inmensa capacidad organizativa transnacional, la movilización de recursos, la solidaridad, las Brigadas Internacionales, la propaganda y la asistencia técnica. No obstante, los resultados por todos conocidos clausuraron el ciclo. De ahí en adelante vino una lenta agonía hasta la disolución de la Comintern por Stalin en 1943.

Una poderosa imagen de la catábasis de la Comintern la tenemos en el hecho de que la expresión “revolución mundial proletaria”, que supuso la fuente de inspiración de la praxis del comunismo y de los funcionarios de esta organización, no solo cayó en desuso, sino que terminó siendo considerada como una consigna contraria a la línea oficial, un lema trotskista (Studer 2025, 499). Se impuso la “cultura estalinista de la sospecha” y la paranoia, de la delación, del sectarismo, de la homogeneización y, finalmente, del castigo y la eliminación (Studer 2025, 513). Solo quedaba esperar el suspiro final, que no fue un canto de cisne, de una utopía frustrada.

Podemos finalizar nuestra reseña indicando que el libro posee dos grandes virtudes. La primera radica en que aporta una nueva mirada, transnacional y global, y con renovadas y robustecidas fuentes bibliográficas, sobre la historia de la Comintern y de sus funcionarios de diverso rango, abarcando espacios descuidados o insuficientemente abordados por la literatura historiográfica. La segunda virtud estriba en que contribuye a desmentir ciertos tópicos acerca de la Tercera Internacional, sostenidos más por prejuicios e ignorancia que por el análisis reflexivo y el estudio directo de las fuentes.

La profesora Studer no nos presenta una imagen idílica de la Comintern, ni mucho menos mitifica su surgimiento como una consumada Atenea proletaria saliendo de la cabeza, ya no de Zeus, sino de Lenin. Los relatos, los protagonistas (más de trescientos nombres desfilan por sus páginas), la atmósfera, pero, sobre todo, la revelación de las tensiones, las disputas, los conflictos, las traiciones y las articulaciones, corre la cortina a una historia más compleja y pigmentada, donde el proceso de formación de una empresa de tal envergadura requirió el esfuerzo mancomunado de miles de hombres y mujeres del globo (usualmente desconocidos, ignorados o silenciados por la historiografía), la movilización y

el concurso de colosales fuerzas humanas, pedagógicas, económicas, políticas, culturales, propagandísticas y militares.

Viajeros de la revolución mundial nos presenta el homo viator comunista, peregrinos del mensaje y de la organización de la revolución anticapitalista, auténticos Pablos rojos que se diseminaron geográficamente pregonando la organización y la lucha contra la forma social imperante. La Tierra entera se convirtió en el espacio de acción de muchas vidas al servicio de la Comintern. Imposibles de equiparar con la labor de aeromozos o pilotos de naves marítimas o aéreas que también atraviesan fronteras permanentemente, aquellos viajeros comunistas estaban imbuidos del pathos de la revolución mundial, de esa fe casi sobrehumana de la que hablaba Horkheimer: eran al mismo tiempo políticos, soldados, empleados, técnicos, asesores, amantes y heraldos de un proyecto emancipatorio asumido consciente y libremente. Como insiste la autora a lo largo de las páginas del libro, eran representantes del know-how. Escurridizos para las autoridades, a veces prófugos fantasmales, refinaron poco a poco el arte de la falsificación, de las identidades múltiples y fugaces, de la conspiración, de las comunicaciones cifradas, de la organización, de la propaganda, de la teatralidad y las mascaradas como parte fundamental de las técnicas de la política revolucionaria y del engaño al enemigo que surgieron tras la Revolución bolchevique.

Por tanto, la obra representa un excelente insumo y una referencia obligada para investigadores, estudiantes o académicos de trayectoria. Por momentos denso, a veces tenso, en partes comprometido, nunca complaciente, pero sobre todo y fundamentalmente crítico y científico, el trabajo de la historiadora Brigitte Studer no deja indiferente al lector apasionado y desprejuiciado. Lejos de la acedia que, a juicio de Walter Benjamin, caracteriza a los historiadores empáticos con los vencedores, sus páginas, además de estimulantes y desafiantes, remozan eso que Enzo Traverso definió como “melancolía de izquierda”.

Referencias bibliográficas

Horkheimer, Max. 1974. *Notizen und Dämmerung*. Frankfurt am Main: S. Fischer Verlag GmbH.

Studer, Brigitte. 2025. *Viajeros de la revolución mundial. Una historia global de la Internacional Comunista*. Traducción de Sandra Chaparro. Madrid: Ediciones Akal.